



EL BARCO
DE VAPOR

La fuerza de la gacela

Carmen Vázquez-Vigo

Ilustraciones
de Paloma Corral

44.ª EDICIÓN





EL BARCO
DE VAPOR

La fuerza de la gacela

Carmen Vázquez-Vigo

PREMIO LAZARILLO 1973

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA INFANTIL 1992

Ilustraciones de Paloma Corral



sm



fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

LITERATURASM.COM

Primera edición: septiembre de 1986
Cuadragésima cuarta edición: abril de 2019

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Alejandra González
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Carmen Vázquez-Vigo, 1986
© de las ilustraciones: Paloma Corral, 2019
© Ediciones SM, 1986, 2019
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

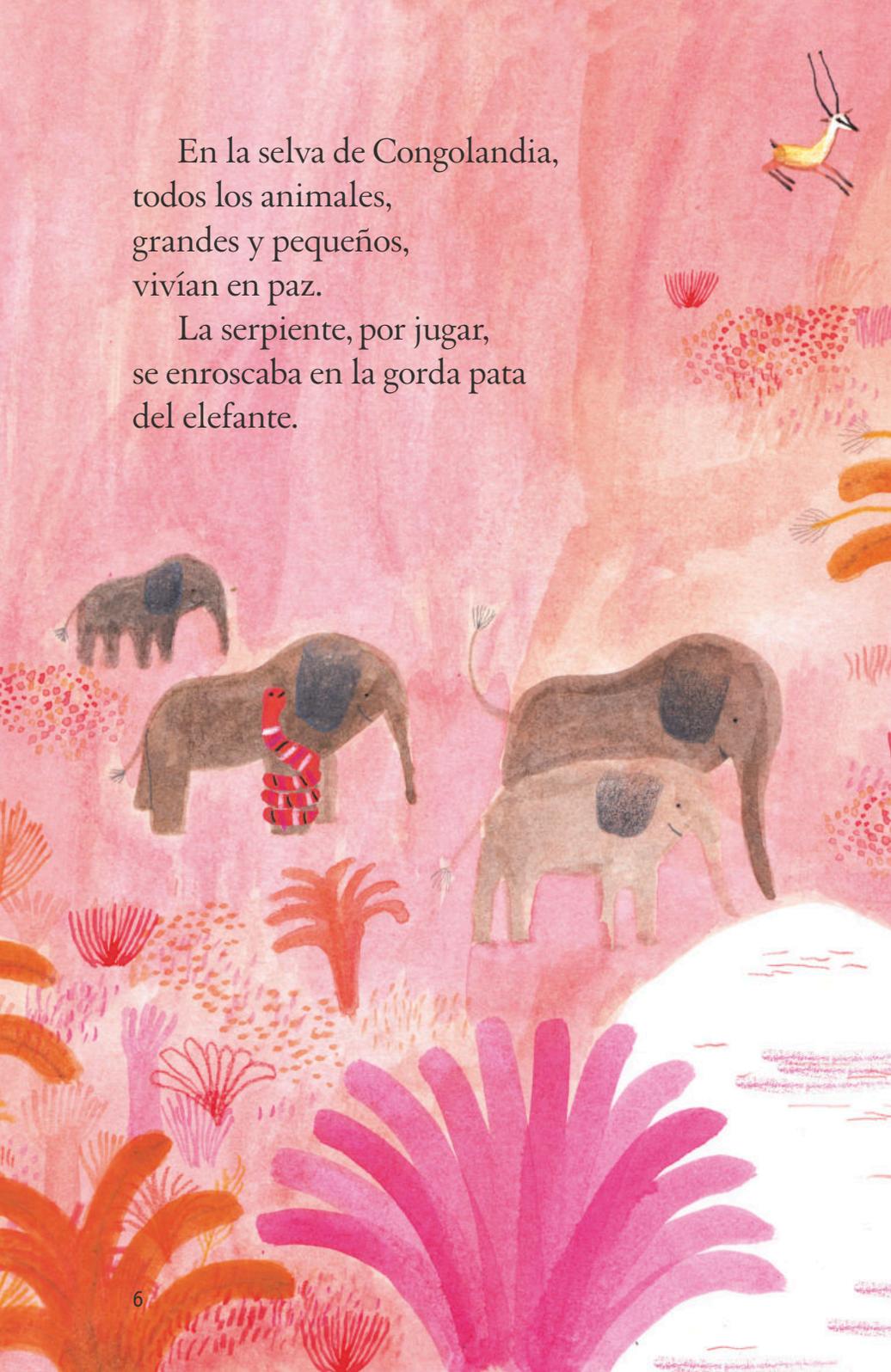
ISBN: 978-84-9182-530-2
Depósito legal: M-8881-2019
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



En la selva de Congolandia,
todos los animales,
grandes y pequeños,
vivían en paz.

La serpiente, por jugar,
se enroscaba en la gorda pata
del elefante.





El hipopótamo
tomaba el sol panza arriba,
soltando unos bostezos
que hacían temblar la tierra.





Los osos bailaban al son de una música
que solo ellos oían.

La jirafa llevaba sobre su lomo,
trotando, a los hijos del leopardo.

Tenían un rey, León I, muy viejo.
Y, como casi todos los viejos, sabio.

No se enfadaba
ni cuando su hijo Leoncín
se negaba a tomar clase de rugidos
porque decía que era aburridísimo.



El joven león, en vez de rugir,
se ponía a imitar el grito de Tarzán,
que andaba por ahí, de rama en rama,
con sus monos detrás.



Pero un día
se acabó la tranquilidad.
Un tigre venido de lejanas tierras
estaba sembrando el terror
entre los súbditos de León I.

No dejaba cebra,
jabalí o conejo con vida.

De ese modo,
los demás animales carnívoros
de la selva se quedaban sin comer.



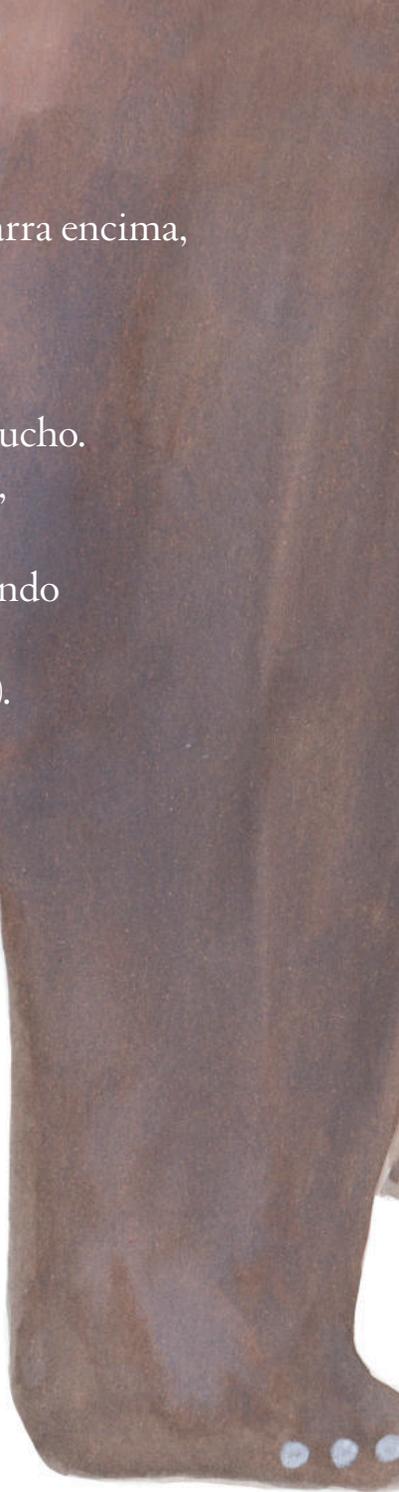
Los cachorros
ya no podían salir de sus casas
para jugar y correr a sus anchas,
por miedo a que los cazara.



A una hija del elefante
estuvo a punto de echarle la garra encima,
y la pobre se llevó tal susto
que se quedó muda.

A partir de ese momento,
no pudo barritar ni poco ni mucho.

(Esta cosa tan rara, barritar,
es lo que hacen los elefantes
para expresarse, siempre y cuando
no se hayan quedado mudos
como la desdichada elefantita).





Flacos por la falta de alimentos,
demacrados por las noches sin dormir,
nerviosos por el perpetuo miedo,
los animales no encontraban
remedio a sus males.

